

RAUL SILVA CASTRO

# RUBEN DARIO

a los veinte años

## Capítulo VI

PEDRO BALMACEDA TORO, A. DE GILBERT

De los muchos amigos que encontró Rubén Darío en Chile, la mayoría no fueron más que tertulios de redacción, que suelen alternar cuatro palabras con el escritor nuevo que ha venido a plantar su tienda en Santiago; pero otros ahondaron más en el poeta y supieron advertir en sus tristezas, en sus desencantos, en sus melancolías, la escondida perla de un raro talento poético. Mas ninguno alcanzó hasta donde Pedro Balmaceda, porque ninguno poseía los mismos ideales artísticos ni aceptaba tan ampliamente como Balmaceda la visión que el nicaragüense tenía formada del mundo.

Y ahora quiero evocar el triste, malgrado y prodigioso Pedro Balmaceda —escribía Darío en su *Autobiografía*—. No ha tenido Chile poeta más poeta que él. A nadie se le podría aplicar mejor el adjetivo de Hamlet: "Dulce príncipe". Tenía una cabeza apolínea sobre un cuerpo deforme. Su palabra era insinuante, conquistadora, áurea. Se veía también en él la nobleza que le venía por linaje. Se diría que su juventud estaba llena de experiencia. Para sus pocos años tenía una sapiente erudición. Poseía idiomas. Sin haber ido a Europa, sabía detalles de bibliotecas y museos. ¿Quién escribía en ese tiempo sobre arte sino él? ¿Y quién daba en ese instante una

vibración de novedad de estilo como él? Estoy seguro de que todos mis compañeros de aquel entonces acuerdan conmigo la palma de la prosa a nuestro Pedro lamentado y querido.

Y ¿cómo no evocar ahora que él fue quien publicara mi libro *Abrojos*, respecto al cual escribiera una página artística y cordial?

Cuando llegó Darío a Santiago, acababa de llevarse a cabo la elección presidencial, y se sabía que los votos de la mayoría de los electores favorecerían la postulación de don José Manuel Balmaceda, quien fue proclamado Presidente electo por el Congreso Nacional el día 30 de agosto. Asumió la Presidencia el 18 de septiembre, con el siguiente ministerio: Eusebio Lillo, Ministro del Interior; Joaquín Godoy, de Relaciones Exteriores; Agustín Edwards, de Hacienda; Pedro Montt, de Justicia e Instrucción Pública, y Evaristo Sánchez, de Guerra y Marina. Pedro Balmaceda Toro era el hijo mayor del Presidente, y en La Moneda, palacio de gobierno, quedó instalado su hogar.



Es el propio Darío quien ha contado las circunstancias que rodearon su primer encuentro con el joven Balmaceda, en un relato que debemos respetar hasta la última letra dado el valor de confesión personal que posee.

A Balmaceda lo conocí recién llegado a Chile, y fue de los primeros corazones que me hicieron endulzar la ausencia de la patria nativa.

Yo trabajaba en *La Epoca*.

Al hojear un día los diarios de la tarde, encontré en *Los Debates* un artículo firmado con un pseudónimo que no recuer-

do, artículo cuyo estilo nada tenía de común con el de todos los otros escritores de entonces<sup>1</sup>. Era sobre la muerte de un romancero popular, uno de esos poetas broncos e ingenuos que florecen como los árboles salvajes, al sol de Dios y al viento que les acaricia. No pude saber por de pronto quién era el autor de aquellas líneas deliciosas en las que la frase sonreía y chispeaba, llena de la alegría franca del corazón joven.

Al poco tiempo, Manuel Rodríguez Mendoza llegó a la redacción con Pedro Balmaceda. Presentaciones. Charla. Hablando de asuntos de letras, le comuniqué mis impresiones respecto al artículo aquel.

—¡Soy yo! —me dijo con una expresión de vanidad infantil, esa que excluye el orgullo necio y es límpida como el agua de una fuente montañesa. (*A. de Gilbert*, p. 5-7).

Estaban conversando en el diario cuando sonaron las campanas de alarma bomberil, y Darío creyó conveniente disculparse con su amigo por dejarlo solo: su deber le llevaba al incendio para dar cuenta de él en la crónica de *La Epoca*. Balmaceda no aceptó esta separación repentina, y se propuso acompañarle; Darío aceptó, y echaron a caminar, tomados ya del brazo, como viejos acamaradas.

“Conversamos largamente camino del lugar del incendio y ya estábamos cerca, en medio de la aglomeración de las gentes, frente a las llamaradas que se extendían sobresaliendo por las techumbres encendidas; y la cuestión literaria era el objeto de nuestra plática. Apenas si sentíamos los estrujamientos, el hablar confuso de la muchedumbre acompasado por la cadenciosa palpitación de las bombas, el estallido de los cristales en el fuego, el golpe de las hachas, la voz

<sup>1</sup> El artículo de Balmaceda sobre Bernardino Guajardo fue publicado en *Los Debates* el 5 de

diciembre de 1886, pero, contrariamente a lo que afirma Darío, sin ninguna firma.

de las bocinas y clarines". (A. de Gilbert, p. 10). Y entonces, ¡cosas de la juventud!, mientras una casa ardía, los muchachos, que discutían sobre los Goncourt y sobre Zola, comunicándose su amor por Francia, disertaban a más y mejor sobre sus destinos, y terminaron —horas después— dándose las buenas noches frente al palacio de la Moneda. El día de este encuentro ha sido precisado por don Julio Saavedra Molina: 10 de diciembre de 1886.

---

El joven escritor chileno a quien Darío había distinguido, como experto catador de esencias literarias, al través de un artículo que bien pudo pasarle inadvertido, se había rodeado de un ambiente de arte que complacía a sus amigos. Manuel Rodríguez Mendoza, que recibió del Presidente Balmaceda el encargo de editar y prologar las obras de su hijo, recordó algunos adornos de las habitaciones de Pedro que acreditan las aficiones del joven artista, ansioso de abarcar a todas las horas del día la inspiración de su pequeño museo. "En su gabinete de estudio había también un testimonio elocuente de sus aficiones artísticas. Arreglado con gusto y originalidad, llamaba de preferencia la atención por su escogida librería de autores contemporáneos, la más valiosa que haya visto a ningún joven dedicado al cultivo de las letras. Tenía la pasión de los cuadros y las porcelanas; de las acuarelas y de las tierras cocidas; de las aguas fuertes y los grabados; de los tapices antiguos y de las curiosidades pompeyanas. Para él, un autógrafo de los Goncourt, un busto de Carpeaux, un retrato de Carolus Duran, un botón de rosa, en el cual hubiese puesto sus labios una mujer hermosa y de ingenio, valían, por sí solos, mil veces más que todos los efectos que se ocultan en los sótanos helados de los bancos".

Darío describió por lo demás con todos los pormenores deseables el ambiente en que se desarrollaban sus veladas de La Moneda en la dulce compañía de Pedro Balmaceda. La decoración de esas habitaciones aparecerá en seguida representada en no pocas páginas de *Azul...*, de modo que interesa retener en sus propios términos la evocación del poeta. He aquí sus palabras:

Entrando por la puerta principal al Palacio de La Moneda, se subía una escalera, a la izquierda —al pie de la cual se pasaba un granadero, el arma al brazo—, se iba rectamente pasando frente a la puerta del despacho del Presidente de la República, se torcía a la derecha, y se encontraba entre varias, tras una crujía de piezas, a unos cinco pasos, una puerta con vidrios deslustrados. Era la del gabinete de Pedro; el que tenía antes de la última refacción de esa parte del palacio.

Un pequeño y bonito cuarto de joven y de artista, por mí fe!; pero que no satisfacía a su dueño. El era apasionado por los *bibelots* curiosos y finos, por las buenas y verdaderas japerías, por los bronce, las miniaturas, los platos y medallones, todas esas cosas que dan a conocer en un recinto quién es el poseedor y cuál es su gusto. Paréceme ver aún, a la entrada, un viejo pastel, retrato de una de las bisabuelas de Pedro, dama hermosísima en sus tiempos, con su cabellera recogida, su tez rosada y su perfil de duquesa. Más allá, acuarelas y sepias, regalos de amigos pintores. Fija tengo en la mente una reproducción de un asunto que inmortalizó Doré: allá en el fondo de la noche, la silueta negra de un castillo; la barca que lleva un mudo y triste remador; y en la barca tendido el cuerpo de una mujer pálida. Cerca de este pequeño cuadro, un retrato de Pedro, pintado en una valva, en traje de los tiempos de Buckingham, de Pedro cuando niño, con su suave aire infantil y su hermoso rostro sobre la gorguera de encajes ondulados. En panoplia, los retratos de la familia, de amigos, y entre éstos, llamando la vista, el de don Carlos de Borbón, vestido de hua-

so chileno; retrato que le obsequió el príncipe cuando Pedro fue a pagarle la visita que aquél hizo al Sr. D. José Manuel Balmaceda, a su paso por Santiago<sup>2</sup>.

En todas partes libros, muchos libros, libros clásicos y las últimas novedades de la producción universal, en especial la francesa. Sobre una mesa diarios, las pilas azules y rojizas de la *Nouvelle Revue* y la *Revue des Deux Mondes*. Un ibis de bronce, con su color acardenillado y viejo, estiraba su cuello inmóvil, hierático. Era una figura pompeyana auténtica, como un César romano que le acompañaba, de labor vigorosa y admirable.

Cortaban el espacio de la habitación, pequeños biombos chinos bordados de grullas de oro y de azules campos de arroz, espigas y eflorescencias de seda.

Había una puerta que daba a las salas de la familia, y otra opuesta que llevaba a una pequeña alcoba.

Junto a esta última, no lejos del piano, se veía colgado un cuadro de madera y en el centro un pedazo de seda con los colores de la bandera francesa, opacos y descoloridos por el tiempo. En letras viejas se leía en él *Liberté, Egalité, Fraternité*. Era un pasaporte del tiempo del Terror. Sobre una repisa, entre varios *bibelots*, sobresalía una quimera de porcelana antiquísima, de un tono dorado, con las fauces abiertas. (A. de Gilbert, p. 27-32).

Abriendo paso en sus reminiscencias a la amistad que le había prodigado Pedro Balmaceda, el poeta decía también, siguiendo el hilo de sus emociones, que éste había sido para

<sup>2</sup> Por esta referencia al retrato de don Carlos de Borbón, que estuvo en Chile en junio y julio de 1887, cuando Darío vivía en Valparaíso, puede caerse en la cuenta de que éste reunía en la me-

moría las diversas visitas que hizo en La Moneda a las habitaciones de su amigo Pedro, y que, en concreto, no pudo ver el retrato antes de setiembre de 1887, fecha de su segundo viaje a Santiago



él “como uno de esos seres desconocidos que nos sonríen, cariñosos y fugaces, en el país del sueño”, en tal medida había probado comprender sus apetencias de hombre a quien el refinamiento encantaba, a condición de que le sirviera de vehículo el arte.

Por lo demás, no fue la literatura el solo objeto de las ocupaciones de Pedro Balmaceda: otras artes le interesaron, hasta el punto de haber pretendido abarcarlas más como ejecutante que como *amateur*. Según los recuerdos de Manuel Rodríguez Mendoza, Ernesto Molina, gran pintor chileno, le enseñó a dibujar con lápiz y pluma “y le dio algunas lecciones para la combinación de los colores que se emplean en la pintura al óleo”. Balmaceda solía llevar paleta de pintor en sus excursiones por Viña del Mar y por Lota, y en las vacaciones de 1888 pintó algunos pequeños cuadros con motivos marinos y de paisajes campestres.

En el taller de Nicanor Plaza —agrega Rodríguez Mendoza— aprendió a modelar en greda . . . Dibujaba, pintaba y esculpía como un aficionado de talento y de esperanza.

De las artes plásticas pasaba también a la música, inquieto aún en su vibrante juventud, indeciso acerca de lo que en definitiva sería la ruta del futuro. “Todos sus amigos le oyeron entonar con una voz afinadísima, aunque de poco volumen y extensión, y tocar en el piano, con refinado gusto, trozos de *Carmen*, *Mignon*, *Gioconda*, *Hebreá*, *Aída* y otras partituras . . .”, informaba Manuel Rodríguez Mendoza, después de Rubén Darío el más autorizado testigo de esa vida tronchada. En el refugio que se había dado en La Moneda, palacio presidencial, al hijo primogénito del Presidente de la República, no se conservaban sólo testimonios de las artes a las cuales dedicaba su atención Pedro Balmaceda, sino tam-



bién algunos de los instrumentos adecuados para ejecutarlas, como un piano, predilecto de ciertas horas de reposo y ensueño.

En aquel rincón encantador, caluroso de hogar, los dos jóvenes artistas se fugaban del mundo: el chileno de su asma inquietante, de su tuberculosis, de su cuerpo frágil señalado a la muerte prematura, y el nicaragüense de la estrechez de su miseria, para evocar el cuadro de sus futuras hazañas.

Iríamos a París, seríamos amigos de Armand Silvestre, de Daudet, de Catulle Mendès; le preguntaríamos a éste por qué se deja sobre la frente un mechón de su rubia cabellera; oiríamos a Renan en la Sorbona y trataríamos de ser asiduos contertulios de madame Adam; y escribiríamos libros franceses! Eso sí. Haríamos un libro entre los dos, y trabajaríamos porque llevase ilustraciones de Emilio Bayard, o del ex chileno Santiago Arcos...<sup>3</sup>.

Como este cuadro ya está visto, vamos a otro en el lomo del incansable Pegaso:

Y luego, ¿por qué no?, un viaje al bello Oriente, a la China, Japón, a la India, a ver las raras pagodas, los templos llenos de dragones y las pintorescas casitas de papel, como aquélla en que vivió Pierre Loti; y vestidos de seda, más allá, pasearíamos por bosques de desconocidas vegetaciones, sobre un gran elefante.

La risa sacudía los hombros hundidos del rubio adolescente chileno, una mueca se dibujaba en el rostro del centro-

<sup>3</sup> Darío y Balmaceda aluden a Santiago Arcos, hijo, que poco antes había publicado en París una traducción de Bécquer ilustrada

por él. Arcos había nacido en Chile, pero se le podía llamar "ex chileno" porque nunca más volvió a su tierra natal.

americano. Sabía éste que su compañero estaba condenado a pronta muerte, y presentía que el suyo sí era camino de triunfador.

No olvidaré en toda mi vida —porque si de la memoria se me borrasen las tendría presentes en el corazón— las noches que en ese habitáculo del cariño y del ingenio pasé, cuando el cólera en 1887 vertía en la gallarda Santiago sus venenosas urnas negras —escribió Darío—. El té humeaba fragante; en el plaqué argentado chispeaba el azúcar cristalina; la buena musa juventud nos cubría con sus alas; la charla desbordante hacía tintinabular campanillas de oro en el recinto; pasaba afuera el soplo de la noche fría; dentro estaba el *confort*, la atmósfera cálida y las ondas áureas con que nos inundaba la girándula del gas; y una ilusión viene y otra ilusión va; un recuerdo, un verso, un chisporroteo; a veces casi hasta la media noche, hasta que un recado maternal llegaba: “Ya es hora de que te duermas”. Entonces aplazábamos el tema comenzado, nos despedíamos, y más de una vez, a eso de la media noche, rechinaron los pesados cerrojos de las enormes puertas del Palacio de La Moneda, dando paso a dos personas. ¡El fiel y viejo servidor de la casa iba a acompañarme, allá lejos adonde yo vivía, a la calle de Nataniell!

---

Mozos muy jóvenes, con sólo un año de diferencia en la edad<sup>4</sup>, los dos estaban enamorados del arte y de lo bello, del azul, como empezaron a decir siguiendo a Victor Hugo, que para ambos era maestro; y deben haberse creído un tanto aislados en ese ambiente dentro del cual se veían sumidos. La deformidad física de Balmaceda, que era jorobado, le ale-

<sup>4</sup> Darío había nacido en 1867, y Pedro Balmaceda el 23 de abril de 1868, según la partida bautismal cuya copia tenemos a la vista.

jaba de trasnochadas; pero en desquite, y porque las horas del día no fuesen siempre las más propicias para que estos dos espíritus se comunicaran sus ensueños, el menudo habitante del palacio de gobierno llevaba a su amigo a su propia casa. Eran dos adolescentes, rubio el uno y moreno el otro, que habían comenzado la vida en muy diferente forma. El nicaragüense no había recibido calor de hogar, y vagaba en edad prematura por las repúblicas de la América Central, conociendo intrigas sucias y oliendo la pólvora de los motines. "Desterrado voluntario", afrontaba en Chile la lucha cruel de la vida sin otro escudo que su talento y su sed de arte. El mismo lo dijo en la página final de *A. de Gilbert*:

Llevado por el viento como un pájaro; sin afecciones, sin familia, sin hogar; teniendo desde casi niño sobre mis hombros el peso de mi vida; fatigado desde temprano por verdaderas tristezas, guardo en lo profundo de mi ser bondad, mucho cariño, mucho amor; no seáis injustos. Yo tengo por únicos sostenes mis esperanzas, mis sueños de gloria. Esto me libra de ser escéptico, de ser ingrato, del vahído siniestro del abismo del mal. Yo creo en Dios. Y así voy por el mundo, por un camino de peregrinación, viendo siempre mi miraje, en busca de mi ciudad sagrada, donde está la princesa triste, en su torre de marfil . . .

Mientras tanto, Pedro Balmaceda, nacido en la opulencia, recibió esmerada educación. La endeblez de su cuerpo, iluminada con el fuego apasionado de sus ojos, atrajo hacia él los cuidados del padre, quien se reservaba tiempo en sus ajetreos políticos para condescender a estimular sus aficiones literarias, y los mimos de la madre, sin duda presintiendo la corta existencia del niño cuyo cuerpo estaba roto.

Estas distancias, por paradójica ley, les acercaron.

Pedro Balmaceda, por lo demás, abrió a su amistad todo lo que podía corresponderle en las comodidades de que estaba rodeada la vida de su padre, el Presidente de la República. Uno de los coches de gobierno solía conducir a los dos mancebos a dar paseos por los parques públicos, lo que permitió a Darío formarse una idea espléndida del Santiago que estaba recorriendo. Así por lo menos se ve en las líneas siguientes, tomadas de *A. de Gilbert*, irremplazable testimonio autobiográfico.

En las tardes de primavera, cuando aun el otoño con sus melancolías grises acaba de desaparecer, y los árboles hojosos de la Alameda, con traje nuevo, se enfloraban, acostumbrábamos ir al Parque Cousiño, a proseguir nuestra incorregible tarea de soñar y divagar. Ibamos en uno de esos coches que allá nombran "americanos", cerrados, mas con vidrios que dejan campo a la vista por todos los cuatro puntos. Se le ordenaba al cochero ir paso a paso. Cada vez en el viaje teníamos cuadros e impresiones nuevas, ya en los lados de la Alameda, donde se estacionan los carruajes, transeúntes, vendedores de frutas con sus cestos, los de helados con sus botes de hojalata en la cabeza, cada cual canturreando su melopea especial; un fraile, *rara avis*, los brazos cruzados y la cara limpia al rape; una desgraciada, envuelta en su manto, dejando ver la faz llena de afeites, un florero que ofrece sus ramos frescos; o allá, siguiendo por la calle del Ejército Libertador, la fachada de las casas ricas; los carruajes particulares a las puertas; las lindas damas apenas entrevistas en las rejas, o en los peristilos y entradas de los palacetes. Y entre todos éstos, la morada de la millonaria señora de Cousiño, opulenta y envidiable, con su entrada elegante, sus alrededores floridos, sus *panneaux* pintados por Clairin, sus retretes que nada tienen que envidiar a un interior parisiense, su comedor entallado y valiosísimo, y sus obras de arte, entre las que impera un Guido Reni, sober-

bio desnudo inestimable. Y así, yendo a lo largo de la extensa calle, y tras dar vuelta a una plaza, torcer y pasar por la Artillería, llegábamos a las puertas del parque.

A lo lejos, veíamos la cordillera de los Andes, y más cerca, los cerros que, coronados de nieve, semejaban, según ocurrencia de Pedro, "una gran mermelada espolvoreada de azúcar". El parque, cuyo nombre viene de haber sido este sitio cedido a la municipalidad por el millonario D. Luis Cousiño, es uno de los mejores paseos de la populosa capital. Largas avenidas, calles amplias para la circulación de los carruajes, una extensa "pampa" donde se dan las grandes revistas militares; arboledas variadas, jardines poblados de flores, en que resaltan manchas de primulas, grupos de rhododendros y de ciclamores carmesíes primaverales, floderlisados cándidos sobre fondo verdoso, explosiones rojas de peonías apiñadas, y entre sus cercos de esmeralda, largas filas de violetas, en sus palacios trémulos que mueve el aire y recoitan las tijeras de los jardineros. Aquí están las glorietas cubiertas de madreselvas y de campánulas; allá, frente al café donde se detienen los paseantes para invadir las mesas y los kioscos, la laguna con sus barcazas, los puentes curvos y rústicos, los sauces de largas barbas verdes como los árboles de aquella floresta de la *Evangelina*, y los móviles peces rojos que forman remolinos sangrientos en las aguas glaucas.

Caminábamos, reíamos, pensábamos. En esos paseos fueron concebidos muchos cuentos, muchos versos. En esos paseos delineó Pedro en su mente, como con el clarión un pintor esboza en la tela, aquella página diáfana del *Camino del Sol*, y aquel cuento blando y otoñal en que las palomas vuelan en el templo sobre el ataúd de la virgen difunta.

¡Ah, sí! su espíritu mariposeaba, flotaba; iba poseído de un anhelo casi místico, a besar estremecido los labios de púrpura de las centifolias, a sorprender las cópulas misteriosas en los cálices perfumados; visitaba las penumbras y frescores eclógicos; y así os explicaría cómo en sus páginas se perciben

aromas penetrantes, estallidos de capullos, tibiezas de nidos. A veces, un simple cuadro común era la oruga de un cuento irisado. (A. de Gilbert, p. 79-84).

Algo de lo entrevisto en aquellos paseos quedó, con fresca impronta, en las páginas de *Azul...*, en cuya prosa puede seguirse la vida santiaguina conforme el más bello de los itinerarios. Los jardines de las mansiones suntuosas y los interiores de las mismas, aparecen desde luego en *La canción del oro*:

Tras las rejas se adivinaban extensos jardines, grandes verdes salpicados de rosas y ramas que se balanceaban acompasada y blandamente como bajo la ley de un ritmo. Y allá en los grandes salones debía estar el tapiz purpurado y lleno de oro, la blanca estatua, el bronce chino, el tibor cubierto de campos azules y de arrozales tupidos, la gran cortina recogida como una falda, ornada de flores opulentas, donde el ocre oriental hace vibrar la luz en la seda que resplandece. Luego, las luces venecianas, los palisandros y los cedros, los nácares y los ébanos, y el piano negro y abierto, que ríe mostrando sus teclas como una linda dentadura; y las arañas cristalinas, donde alzan las velas profusas la aristocracia de su blanca cera.

En las veladas de La Moneda no siempre estaban solos aquellos dos amigos, y Darío ha recordado los nombres de algunos de sus habituales acompañantes, que contribuían a dar a las reuniones el tono íntimo y artístico que les presta relieve en los recuerdos.

Eran de su confianza, Carlos Eguiluz, antiguo secretario de su padre, joven de buen criterio, carácter amable, muy versado en la literatura francesa, y que, en los escasos momen-

tos que su ocupación le dejaba libre, iba a la conocida pieza de su amigo a tener descanso y charla<sup>5</sup>. Manuel Rodríguez Mendoza, nuestro compañero de *La Epoca*, que dejaba oír en aquel recinto sus ocurrencias, sus juicios implacables, sus hipóboles, sus risas burlescas, y sus frases gráficas como una caricatura de Caran d'Ache. El poeta Tondreau, que llegaba poco y tocaba el piano o leía versos; Luis Orrego Luco, uno de los *jeunes* de más talento y mejor estilo; un joven pintor, cuyo nombre no recuerdo y que a la hora en que escribo debe estar en Europa perfeccionándose en su arte<sup>6</sup>; Alfredo Irarrázaval, poeta satírico y mozo de espíritu alegre, que habla como escribe, con la diferencia de que quizás le cuesta más conversar que derramar versos picantes y fáciles; y un poeta que nunca iba a verle, pero que altamente le comprendía y admiraba, Pedro Nolasco Préndez, cantor de vuelo de cóndor, de versos robustos y valientes, cuyo fogoso pegaso si a veces la tierra toca con sus cascos, siempre tiende hacia las altas cumbres, y tiene líricas crines ondeantes, y bello lleno de espumas épicas. (A. de Gilbert, p. 72-4).

De un viaje que Pedro Balmaceda hizo al mineral carbonífero de Lota se han salvado las reminiscencias del joven escritor chileno confiadas a su amigo y que éste dio a luz en el libro que dedicó a su muerte. Son fragmentos de cartas, y poseen, por eso mismo, el encanto y la frescura espontánea propios del género epistolar cuando se le practica con aban-

<sup>5</sup> A este Eguiluz dedicó Darío *El palacio del sol*, en la primera publicación que se hizo en *La Epoca*, 15 de mayo de 1887. *El palacio del sol* fue después incluido en *Azul*...

<sup>6</sup> Dos pintores salieron de Chile por ese tiempo en viaje de estudios como señala Darío: Alfredo

Valenzuela Puelma, en mayo de 1887, y Ernesto Molina, en marzo del mismo año. Habiendo sido éste mencionado por Rodríguez Mendoza entre quienes hicieron clases de su arte a Pedro Balmaceda, según ha podido verse más arriba, parece que la alusión del poeta conviene mejor a él.



dono. "... Contemplo a un lado la nota verde —escribía Balmaceda—, siento la melodía amplia y sonora de los grandes pinos y de los copudos alerces, el aire suave de los eucaliptus, el cabeceo majestuoso de las araucarias y el remolino pardo-oscuro de los robles. ¡En pleno parque de Lota! Por aquí se entra al cielo".

En otra carta, más extensa, intenta el chileno describir el parque mismo en su interioridad. Diseñado en una colina que se interna hacia el mar, ofrece todas las variantes de la perspectiva, y como se han diseminado estatuas de mármol en sus encrucijadas, las sorpresas se revisten de particular hechizo para los ojos del gentil adolescente artista. Y hay también pájaros que vagan sueltos en la espesura, pájaros que consueñan con el ambiente de la fronda. Derrotado por la empresa, después de haber narrado alguno de aquellos motivos, el joven dice a su amigo:

Si quisiera describirte todo esto, necesitaría ser pintor, haber palpado la naturaleza, conocer los secretos y los horizontes azules del arte, haber luchado en la escultura con las formas abruptas de la roca y los griegos modelados de los jarrones satíricos.

¡Linda manera de confesarse vencido por aquel paisaje de ensueño! En el cual, por lo demás, sufrió Pedro una de las amenazadoras crisis de salud con que se podía presentir su pronto final. El diario *La Situación* informaba el 5 de diciembre de 1887 en los siguientes términos:

Don Pedro Balmaceda, hijo de S. E. el Presidente de la República, ha vuelto a sufrir el ataque que en Concepción puso en peligro su vida. Temiendo que el estado de su

salud se empeore, el distinguido joven, que se encuentra en Lota, regresará a Santiago en un día de esta semana.

Darío, informado hasta sus más menudos pormenores sobre aquella crisis de salud, la refiere así en *A. de Gilbert*:

Hallándose Pedro en Lota, hará como un año, sufrió uno de los más formidables ataques de su dolencia. Estaba en una fiesta. "Sentía —me dice en una carta—, sentía morir lejos de mi casa, de mi familia; y lo que más me martirizaba era morir de frac y corbata blanca". Cayó y le llevaron a un lecho. Le abanicaron, le descinaron la ropa, le dejaron al fin solo "con las flacas voluptuosidades de mis huesos", dice.

---

En su piano solía tocar Balmaceda algunos trozos de Chopin, que el poeta nicaragüense escuchaba extasiado; y por el lazo sutil de la música llegó éste a conocer el más íntimo secreto de su joven amigo: estaba enamorado.

Tenía Pedro una amiga que era como él adoradora del músico polaco —comentaba Darío en *A. de Gilbert* (p. 47-9)—. Una joven, casi una niña, tal vez un ángel, quizá el espíritu más artístico y delicado de toda la ciudad de los palacios. El la amaba fraternalmente como a una angelical alma, compañera de la suya. La visitaba todos los días; ella le tocaba de Chopin; y aquella dama de ojos llenos de luz y de enigmas, calmó con sus melodías más de una amarga pena en el pecho de su amigo enfermo.

Y Pedro le pidió versos para llevarle a esa tierna criatura, que estaba llamada a sobrevivirle. Darío accedió, y compuso esta

## Rosa

Mujer, flor. La mejilla  
sonrosada es gemela  
del pétalo, do brilla  
la gota de rocío que se cuele  
entre los rayos de la luz. La boca  
fresca, es el cáliz donde se halla preso  
en tibio nido de perfume, el beso.  
Alba! la luz adora  
esta rosa aromada y sensitiva.  
Oh, amor! Tú eres la aurora  
que bañará de luz esta flor viva.

Darío ha recordado también que le encontró un día desilusionado por el logro del estilo. Los ensayos juveniles le parecían ya cortos, y quería algo más:

¡No! No es eso lo que yo deseo. ¡Basta de novelitas de Mendès, de frases coloreadas, de hojarasca de color de rosa! El fondo, la base, Rubén: eso es lo que hay que ver ahora. Leeremos a Taine, ante todo. Nada de naturalismo. Aquí tengo a Buckle. A Macaulay es preciso visitarle con más frecuencia. Caro, el francés, y Valera, el español, servirán de mucho. Déjate de pájaros azules.

Lo más general en el espíritu de Balmaceda era, sin embargo, la búsqueda de lo nuevo en los escritores franceses más recientes, de los cuales había alcanzado a formar una biblioteca no por incipiente menos rica; y a esos escritores les admiraba antes que el fondo de ideas y de doctrinas, la riqueza de la elocución, el chisporroteo del ingenio, el amor de la decoración fastuosa y elegante, más cosmopolita que nacional. Es verdad que en aras de la novedad llegaba hasta

señalar la excelencia de la obra de Zola, ya que sus gustos iban más que por el lado de la *gauloiserie* por el de las extremas finuras de la expresión. Y es el propio Darío quien, recordando palabras de su amigo con motivo de la prematura muerte, le señala en este aspecto de sus predilecciones literarias:

El tenía en su conversación mariposeos y transiciones. Había en esto mucho de mujer. A intervalos, la risa vibraba su diapasón:

—Por mi parte, hombre, yo opino que es suficiente gloria para los hermanos Goncourt haber sido los introductores del japonismo en Francia, haber dado la nota del buen gusto en los muebles y adornos de salón con plausibles resurrecciones de cosas bellas, y haber presentado a Zola y el desarrollo de la escuela. ¿Qué crees tú? Pero por lo visto, tú no te fijas. ¡Qué ...! Escribiremos un libro hirviente titulado *Champaña ...*

Y nos reíamos.

---

No sabemos, porque la muerte lo ha vedado, cuánto de esta amistad iba a influir en la obra del malogrado Pedro Balmaceda; nos queda en cambio la influencia positiva, irredargüible, que éste ejerció sobre su amigo. Ya se verá, cuando hablemos de *Azul...*, todo lo que el poeta asimiló de las charlas con su amigo chileno, de las lecturas que sin duda hicieron juntos, del ambiente de arte rico y adornado que Balmaceda captaba en los libros que recibía de París y en las revistas que le informaban del movimiento simbolista de entonces. Este asunto quedó suficientemente explayado en *Obras desconocidas*, donde ocupa las páginas LI - LXXVI de la Introducción. Los temas del Modernismo estudiados allí

son todos los siguientes: los cisnes, las flores de lis, la decoración modernista, japonerías y chinerías, el bosque mitológico, las joyas y pedrerías, los centauros, las palomas, ninfas, sátiros y bacantes. Merced a la reproducción, en columnas paralelas, de fragmentos de obras escritas en Chile y de otras posteriores, pudo establecerse que Darío había encontrado en este país, por primera vez, algunos modos de decir y asociaciones de ideas y de imágenes que le iban a servir, años más tarde, para componer sus poemas modernistas. En suma, dicho en otra forma, quedó establecido que el Modernismo había nacido en Chile.

---

En las reminiscencias de Darío, la figura de Pedro Balmaceda fue elevada a la categoría de tema para la creación literaria: así nació *La muerte de la Emperatriz de la China*, cuento, que no aparece en la primera edición de *Azul*. . . aunque sí fue incluido por su autor ya en la segunda. Recaredo, protagonista de aquel relato, no puede ser otro que Pedro Balmaceda, y la pasión que aquél sufre por una estatuilla oriental es parecida a la que de verdad dominó a Balmaceda y que Darío cuenta en *A. de Gilbert*:

No sé si tuvo mi brillante compañero una de esas pasiones dominadoras que consumen, no sé que haya tenido santuario en su corazón ninguna mujer de carne y hueso. El murió a los veintiún años. Aquella adolescencia parecía tender sus alas a lo desconocido y misterioso. En la Ville de París, en un gabinete en que se apartan las cosas escogidas, lejos de todos los vulgares objetos de *bric-à-brac*, había un adorable busto de tierra cocida que a la vista semejaba un bronce. Era una Bianca Capello, tierna como si estuviese viva, con frente cándida que

pedía el nimbo y labios de donde estaba para emerger un beso apasionado, o femenino arrullo columbino. Se destacaba la cabeza morena sobre el fondo de un cortinaje de brocatel ornado a franjas de plata y seda ocre oriental. Bianca era la amada de Pedro. Allí la íbamos a ver. El le hacía frases galantes.

—Mi novia —me decía.

Un día me recibió con estas palabras de gozo.

—¡Por fin la tengo!

En efecto, Bianca adornaba ya, en puesto de honor, el salón principal de la familia. Me entristecería ver ahora la faz enigmática y apacible de la viuda de Pigmalión.

Para más pormenores sobre la curiosa pasión del joven escritor chileno por aquella figura de cerámica, pasión en todo efectiva, véase la carta que damos en el Apéndice (II), dirigida por Pedro Balmaceda a su amigo Préndez.

Dentro del cuento, Pedro queda transformado en escultor, y la estatuilla de Bianca Capello en “un fino busto de porcelana, un admirable busto de mujer sonriente, pálido y encantador”.

¿Qué manos de artista asiático —se pregunta Darío en aquellas evocaciones— habían modelado aquellas formas atractivas de misterio? Era una cabellera recogida y apretada, una faz enigmática, ojos bajos y extraños, de princesa celeste, sonrisa de esfinge, cuello erguido sobre los hombros columbinos, cubiertos por una onda de seda bordada de dragones, todo dando magia a la porcelana blanca, con tonos de seda inmaculada y cálida. ¡La emperatriz de la China!

En el cuento además se desliza un drama de celos, que según sabemos no calza a la vida de Balmaceda, en la cual no cupieron intensas pasiones de la carne, pero él permite a Darío ensayar una curiosa enumeración de mujeres, en don-

de no es forzado ver sendos retratos de jóvenes chilenas de quienes entonces pudo tener noticias muy directas, al través de los relatos de sus amigos.

¿Lo diría por la rubia Eulogia, a quien un tiempo había dirigido madrigales? Ella movió la cabeza. —No. ¿Por la rica-chona Gabriela, de largos cabellos negros, blanca como un alabastro y cuyo busto había hecho? ¿O por aquella Luisa, la danzarina, que tenía una cintura de avispa, un seno de buena nodriza y unos ojos incendiarios? ¿O por la viudita Andrea, que al reír sacaba la punta de la lengua roja y felina, entre sus dientes brillantes y amarfilados?

Lo más singular de todo es que este cuento fue discutido y comentado, antes de llegar a la pluma, por Balmaceda y por Darío, y que ambos proyectaron, según parece, escribirlo como cariñosa emulación. De Darío se conoce el resultado completo y definitivo; de su amigo chileno sólo el esbozo, trunco o descarnado como esqueleto, que confiaba en carta íntima a Manuel Rodríguez Mendoza. Encargado por el Presidente Balmaceda de recoger las obras de su hijo, Manuel Rodríguez abrió esas páginas con un Prólogo henchido de afecto al joven escritor malogrado en la mañana de la vida, y para enriquecer el Prólogo con algo emanado del propio espíritu que estaba evocando, añadió allí fragmentos de cartas de Pedro Balmaceda en que éste le comunicaba ideales literarios. "Quiero apurar el color, pero en sus tonos más suaves; quiero escribir a lo Watteau, si es admisible esta manera de decir". Y sigue explayándole su proyecto:

La emperatriz del Japón se muere de nostalgia entre sus monstruos de bronce.

Para divertirse un poco le da de puntapiés a sus mandarines y bonzos, y quiebra sus abanicos en las narices de sus damas de honor.



Está celosa de unas Venus que el emperador ha hecho traer de París; desea parecerse a ellas, tener los mismos perfiles griegos.

Hace venir a su pintor favorito, un notable artista, que con una pincelada bosqueja un horizonte y con unas cuantas manchas de espátula, dibuja un pavo real.

—¡Que me hagan mi retrato! —dice la emperatriz.

Segundos después aparecen los acentos circunflejos, los tonos de ámbar quemado, las palideces cerosas de su fisonomía, realizada por el oro y el rubí de sus trajes.

¡Un verdadero ídolo de marfil! . . .

—¡Qué horror —exclama—, ésa no soy yo!

Y el pintor favorito es azotado con látigos de piel de culebra.

Al pasar por donde están las Venus parisienses, el pobre artista exclama:

—Los demonios quieren ser dioses . . .

Al día siguiente la emperatriz no siente celos y se entretiene en dar puntapiés a sus mandarines o en jugar con sus babuchas de seda, color garganta de paloma atornasolada.

No se hacen Venus con el marfil de los ídolos.

Ese es el cuento, que le envió en esqueleto. Cuando esté terminado tendrá su poquillo de intención. ¿Tiene originalidad? Usted contestará por mí.

Quien compare, línea por línea, el esbozo de Balmaceda y el cuento acabado de Darío, podrá convenir con nosotros en que ambas páginas debieron necesariamente en algún instante ser compartidas por los dos artistas. Luego, en Darío, que la llevó más lejos, la obra se cargó de elementos propios, y el autor se dio maña para intercalar en el relato puramente imperial y fantástico la imagen de su amigo, a quien ~~distingo~~ bajo el nombre de Recaredo y a quien atribuye, en cambio, como clave para el lector de más adelante, la pasión

por aquella frágil estatuilla de terracota mentada por el poeta no ya en el cuento mismo sino en sus recuerdos de *A. de Gilbert*. El paralelo es sorprendente, y configura la influencia literal de Balmaceda en Darío que se podía sospechar al cabo de tanta intimidad artística.

Hasta aquí hemos aceptado, examinando algunos textos coincidentes, que esa amistad literaria fue tan completa como pudieran pedir los anhelosos corazones de ambos jóvenes. Pero un fidedigno testigo de aquellas horas, Samuel Ossa Borne, que tan fresca memoria conservó de todas ellas, sentía en forma distinta. Poseía por entonces Ossa una biblioteca en formación, compuesta casi exclusivamente de autores franceses contemporáneos, y era amante de la nota nueva y rara. Consta que prestó a Darío no pocos de sus libros, y que sus conversaciones con él iban principalmente a la poesía y a las artes, y de tales conversaciones extrajo, en fin, como conclusión, que el mentor literario de Darío en Chile había sido antes Rodríguez Mendoza que Pedro Balmaceda. La página en que cimienta aquel diagnóstico es de insustituible precisión y merece, ciertamente, la atenta lectura de quien haya seguido hasta ahora la exploración que hacemos en los años de formación y de lucha de Rubén Darío. Hela aquí:

Rubén Darío entregóse, al parecer, de lleno a la amistad de Manuel Rodríguez Mendoza y a su afectuosa y sabia dirección, aunque en la intimidad que entre ambos llegó a existir mantúvose, de parte del poeta, un tono de consideración y deferencia que honraba al uno y al otro y que halagaba a los amigos de Manuel que se apercebían de ello, como yo, no obstante la inconsciencia de mi vagar sin rumbo ni compas, sin otras miras que gozar del vivir, de la juventud, sin tasa ni medida y como infatigable lector. *A la longue la vie va si vite*

*aujourd'hui, l'insoucieuse inconscience est si grande, les distractions si multiples...*, dijo Villiers de l'isle Adam.

No fue tan completa la amistad que vinculó al poeta con Pedro Balmaceda Toro, por grande que por él fuese el afecto de Darío, y que a ella se unieran las sorpresas que hubo de producir cuanto encerraba el cerebro de ese genial muchacho. Pero su espíritu irresistiblemente escéptico e inquieto, desconfiado y burlesco, no le hizo apto para todas las intimidaciones de Darío. Eso sí, en el campo de las letras hubo entre ambos mucha comunidad de ideas.

Podría decirse, pues, si se acepta el testimonio de Ossa Borne, que los tres se entendieron a maravilla, y que cuando —como es inevitable en la existencia— uno quedaba a la zaga, el otro o los dos iban en su ayuda. De Pedro Balmaceda agrega, también, que “era un ingenio maravilloso, enorme talento natural, conjunto de pasmosas condiciones de asimilación, un interés por ilustrarse que en él lo dominaba todo”.

---

Al llegar el verano de 1887, Rubén Darío vivía en Valparaíso y Pedro Balmaceda Toro se instaló en Viña del Mar, sitio de recreo en el cual se recogía periódicamente el Presidente de la República, su padre, para olvidar un poco el rumoroso enjambre de los apetitos y de las inquietudes de Santiago. Nueva oportunidad para que los dos muchachos se vieran con frecuencia, y entonces el poeta gozó más detenidamente la compañía del primer mandatario, que, libre de algunos de los deberes inherentes a su cargo, pudo concederle una atención que en la capital apenas podía ser insinuada.

El señor Balmaceda —escribió Darío al evocar la vida de su hijo—, persona de rara potencia intelectual, además de las dotes de gobernante y de político que posee, es un literato y orador distinguido. Sobre todo, en la tribuna es donde ha triunfado más en su vida pública. Su voz es vibradora y dominante; su figura llena de distinción, la cabeza erguida, adornada por una poblada melena, el cuerpo delgado e imponente, su trato irreprochable de hombre de corte y de salón, que indica a la vez al diplomático de tacto y al caballero culto. Es el hombre moderno.

Esta soberbia estampa de varón, frecuente en Chile, se había humanizado no poco en Viña del Mar, donde el poeta le contemplaba más que como al político en auge, magnificado por el poder, como al padre cariñoso y comprensivo de su joven amigo. Dada la breve distancia que media entre Viña del Mar y Valparaíso, Darío, en fin, pudo ser más de una vez huésped de los señores Balmaceda en su casa veraniega, a diferentes horas del día y algunas veces en la del almuerzo, *sans compliments*, en familia:

Era en su mansión de Viña del Mar, en el precioso *chalet* donde pasaba las temporadas de verano —escribía después Darío—. Presentado a él por su hijo el brillante y malogrado A. de Gilbert, tuve la honra de sentarme a su mesa. Estaban allí su madre, una anciana y venerable dama; su esposa doña Emilia Toro, nieta del señor Toro Zambrano, conde de la Conquista, sus hijos y dos amigos íntimos; el hoy ilustrísimo señor Obispo Fontecilla y el afamado general Cornelio Saavedra, pacificador de los indios araucanos.

Oyéndole hablar en aquella elegante mesa, Darío pudo penetrar más allá de la cubierta del personaje, con lo cual avanzó algo para el diagnóstico del inquietante Balmaceda, cuyo suicidio, en 1891, sin duda le sobrecogió.

En la mesa era la voz del Presidente la que se oía sobre todas, en los mil giros de la conversación. Balmaceda poseía ese agradable chisporroteo de los buenos conversadores y cierta delicadeza de percepción y de juicio casi femenil. Al instante se advertía que de continuo está en tensión el cordaje de sus nervios.

Sin avanzar nada, como se ha visto, de la situación política de Chile, Darío estaba interesado en el espectáculo que le daba el Presidente de la República visto en la intimidad o, como dijo el mismo poeta, *at home*, y ese espectáculo era digno de atención y de estudio. Darío le respeta y le quiere por ser el padre de su joven amigo, pero como figura política central en el país en que se halla de paso, sin duda aspira, además, a entenderle en cada una de sus imprevistas facetas.

Las relaciones entre Rubén Darío y Pedro Balmaceda no sólo se mantuvieron entonces sino que, merced al ambiente, se robustecieron y afianzaron. A Darío, por ejemplo, le convenía en alto grado mantener su colaboración para *La Epoca* de Santiago, y para ello hubo de confiar en la buena amistad de Balmaceda, quien ocasionalmente escribía en ese diario con el ya bien conocido seudónimo A. de Gilbert. Así se desprende de algunas de esas colaboraciones, que el diario santiaguino insertaba en la sección de *Bellas Letras*, acompañadas de muy elogiosos comentarios en que se reconoce acaso la pluma de Balmaceda. Con motivo de la traducción de *Pensamientos de otoño*, sobre un poema original de Armand Silvestre, Balmaceda escribía líneas delicadas y encantadoras:

PENSAMIENTOS DE OTOÑO.— En esta sección publicamos una composición inédita que nos ha remitido desde Valparaíso el joven poeta don Rubén Darío.

Hay ciertas personas para quienes la historia está de más. Darío es una de esas. No tiene biografía, y si la tuviera, nosotros la suprimiríamos, porque ése es el mérito del poeta: vivir ignorado, sin porvenir, sin presente, como las aves de paso, según la expresión de Musset.

La poesía moderna se acerca día a día al ideal de la amargura, a las tristezas mundanas, a las miserias del hambre, de la oscuridad. Los verdaderos poetas son los que sufren, los que lloran, no los que cantan, porque el arte forma la música, las ideas delicadas, las sensaciones del placer, las voluptuosidades del mármol, y sólo quienes tienen el vino triste, quienes tienen la esperanza verde del ajeno, pueden soñar en los ideales perdidos. . .

Y ¿quién creyera? ¡Para reír hay que llorar! Nuestro amigo, en un libro inédito que ya se encuentra en prensa, y titulado *Abrojos*, nos refiere alegres historias, algo del perfume del jazmín y de las rosas que tienen sus espinas y su poco de sangre.

La poesía que copiamos en esta sección es hermosa bajo muchos conceptos, y serviría de modelo —si nuestro amigo no fuera tan joven— como intención delicada, soñadora, llena de rasgos exquisitos.

En ella se sienten todos los perfumes y murmullos que arrastra el otoño, entre torbellinos de hojas secas; algo del recuerdo de un amor inocente que sólo hablara de los rosales trémulos, algo como una pasión expirante, un crepúsculo del alma.

No necesitan juicio los versos de nuestro amigo. Dominados por la amistad, sólo queremos hacer notar toda la pálida alegría de esta composición, toda la languidez extenuada de sus versos.

Y algunos días después, la misma pluma anónima comentaba el poema *Autumnal* en términos no menos delicados.

AUTUMNAL.—El otoño con todas sus grandezas melancólicas, con sus tristezas infinitas, nos produce la impresión de un himno que se apaga lentamente, de una frase de amor que se corta en la mitad. Los árboles abandonan su ropaje verde y se visten de hojas amarillas. Las hojas se desprenden y ruedan: han cumplido su destino. Los días interminables, las eternas lluvias se acercan, pero antes el cielo se cubre con su manto gris de otoño: la tierra antes de llorar suspira.

En presencia de espectáculo tan sencillito, tan natural, nos sentimos conmovidos involuntariamente. ¿Por qué? ¡Ah! no se analiza el sentimiento.

Rubén Darío, nuestro querido poeta, ha experimentado profundamente esa emoción y ha cantado el himno del otoño, el excelsior del otoño, su *Autumnal*. Hacía mucho tiempo que no veíamos algo tan poético, algo tan sentido como esta composición, quizá la mejor que nos haya dado.

Hace poco tiempo, un brillante artículo de A. de Gilbert saludaba la aparición de los *Abrojos*, expresando lo que todos sentíamos. No tenemos espacio suficiente para esbozar ni una crítica ni un retrato; hemos querido únicamente lanzar una palabra que guardábamos desde hace largo tiempo, decir en confidencia a todo el mundo que las poesías de Darío son encantadoras. (14 de abril de 1887) <sup>7</sup>.



En esta amistad de almas algo hubo que alejó a los dos jóvenes. Darío lo refiere con suma discreción: "Nuestra amistad fraternal tuvo una ligera sombra. A ella contribuyeron situaciones que me hicieron aparecer ante él como "sirviendo, in-

<sup>7</sup> Damos estos fragmentos, que suponemos de la pluma de Balmaceda, como aportación al conocimiento de la obra de A. de

Gilbert, recogida a su muerte y por orden del Presidente de la República en un volumen notablemente incompleto.



tereses políticos contrarios a los de su padre", rápidos relámpagos de carácter, y sobre todo, razones que bien podrían llamarse la explotación de la necesidad. No estreché su mano al partir".

El desconocido incidente que separó a los dos escritores queda envuelto en penumbras, y ninguna de las explicaciones que de él se han intentado puede satisfacer al curioso. Mientras Darío estuvo en Santiago, *La Epoca*, el diario de su colaboración asidua, figuraba en las filas gobiernistas, ya que su propietario, don Agustín Edwards, fue ministro de Balmaceda, y pasó a la oposición sólo avanzado el año 1888. Pero cuando Darío volvió a Valparaíso inició colaboración en *El Heraldo*, que desde sus comienzos, en el mes de enero de 1888, se iba a significar por su oposición a Balmaceda. La referencia anterior podría entenderse en el sentido de que colaborar a *El Heraldo* era una forma de ayudar "intereses políticos" contrarios al padre de A. de Gilbert. En la política misma, Darío no se mezcló para nada, principalmente porque la de Chile estaba en sus días adquiriendo una complejidad tal que se le hacía a él inaccesible. Acaso el origen de aquel incógnito suceso haya de estar más bien en la irritabilidad de los caracteres de ambos mozos, no por maldad ni por sequedad de corazón, sino porque el artista vive entre caprichos y suele tomar por realidad la ilusión y dar proporciones de montaña a lo que no pasa de ser grano de arena. De todos modos, el incidente que distanció a los dos jóvenes ha debido producirse después de enero de 1888, ya que en esta fecha el poeta escribía en el álbum de Elisa Balmaceda Toro la poesía *La lira de siete cuerdas*, que hubo de quedar inédita hasta 1938<sup>8</sup>. En el álbum de Elisa había puesto unas

<sup>8</sup> La publicó por primera vez don Julio Saavedra Molina en *Poesías y prosas raras*, p. 9.

líneas el pretendiente don Carlos de Borbón, y Pedro, aludiendo a las aficiones monárquicas de Darío, le estimuló a decir también algo en elogio de su hermana. Darío escribió:

LA LIRA DE SIETE CUERDAS

A Elisa

Un Príncipe ha dicho antes  
sus palabras más sinceras:  
justo es que pulse un poeta  
su lira de siete cuerdas.

I cuerda

¿Cantar a la dama? Bien  
está, por belleza y fama,  
y es muy justo que a la dama  
galanterías se den.

¿Cantar a la niña? Es cosa  
que más mi lira prefiere.  
Soy un loco que se muere  
por los botones de rosa.

Tú, ni dama ni niña eres  
porque estás en el divino  
crepúsculo matutino  
en que nacen las mujeres.

Luz y gloria son tus galas,  
ángel eres, y en Dios sueñas:  
Tú debes tener las señas  
donde tuviste las alas.

## II

Has de saber, Elisa,  
que este mundo y el cielo valen nada  
ante el mundo que forma tu mirada  
y ante el cielo que crea tu sonrisa.

## III

(Meloepa)

Yo me voy a mi tierra, lejos, muy lejos,  
donde hay bosques de encinas y robles viejos  
y lagos muy azules, y rudos montes,  
atalayas que atisban los horizontes,  
y de arrebol  
coronan su cabeza  
cuando la diana empieza  
que anuncia el sol!

Es la floresta indiana, con sus rumores,  
sus pájaros y fieras, nidos y flores;  
con el himno salvaje que el viento toca  
en su arpa, que es el pino sobre la roca.

Luego, el azul,  
los frescos platanales,  
los verdes cafetales  
y el abedul.

Y cuando ya esté allí,  
en medio de mis selvas me acordaré de ti.

## IV

Cantar a una paloma es dulce, es suave.  
¿No es cierto, Anacreón, y tú, Virgilio,  
que lleva la tierna ave  
himno en el ala y en el buche idilio?

## V

¡Vé qué dicha, corazón:  
tiene de la madre el beso,  
del hermano la caricia  
y de su padre el consejo!  
¡Y nota, bardo, qué oro  
para cincelar el verso!

## VI

La cuerda del madrigal  
quise pulsar en la lira;  
mas no pulso cuerda tal,  
que siempre dice mentira  
la cuerda del madrigal.

Con fibras del corazón,  
quiero dejar al partir,  
en este álbum mi canción,  
y la canción vas a oír  
con fibras del corazón.

## VII

¡Oh niña, niña gentil,  
que siempre estés de amor llena!  
¡Oh dulce y blanca azucena,  
que siempre estés en Abril!

*Rubén Darío.*

Santiago, enero de 1888.